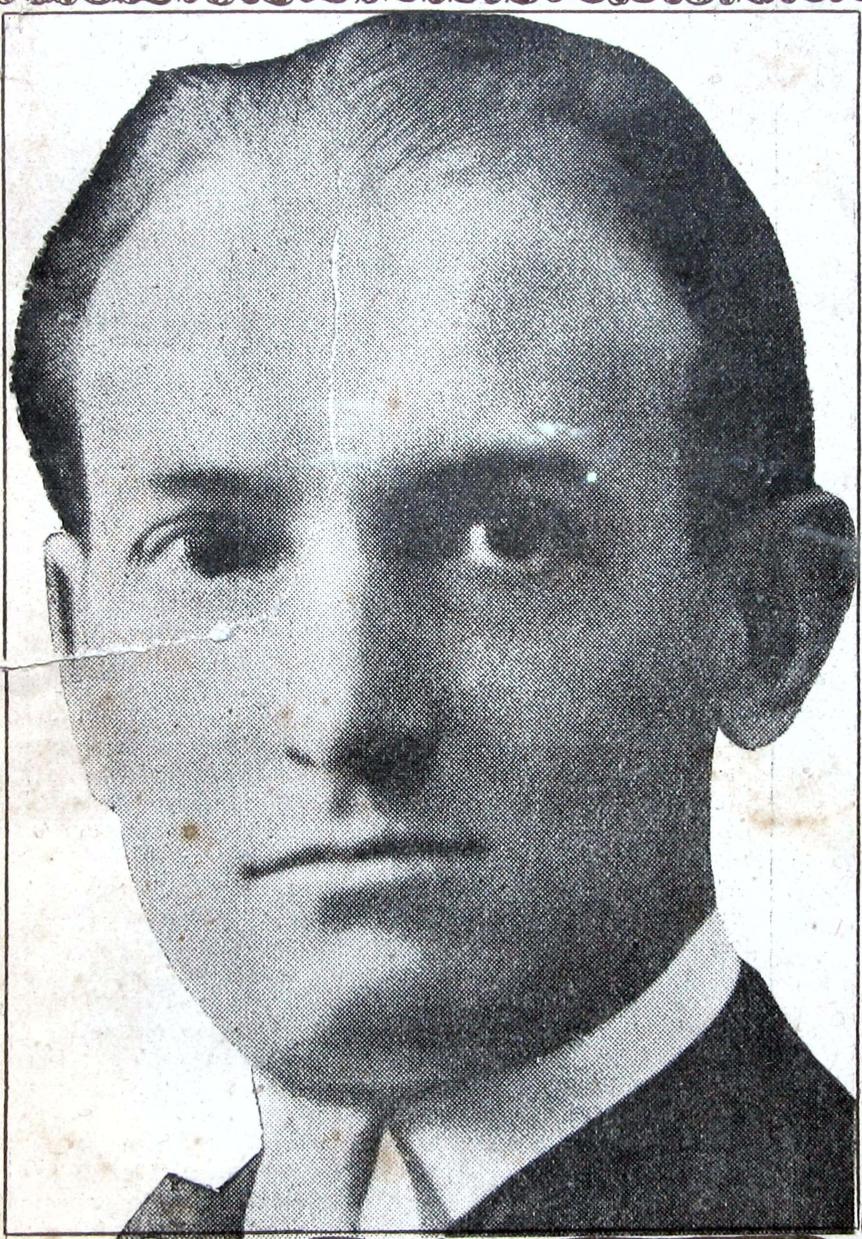


4 A. N.

LA NOVELA SEMANAL



La Casa de los Cuervos

POR

HUGO WAST (G. Martínez Zuviria)

PRECIO: 10 Centavos

Un consejo privado que a todos interesa

Más de una vez habréis pensado en encontrar un medio eficaz y sencillo que os librase de ciertos padecimientos tenaces; padecimientos que no sólo causan crisis agudas, sino que también traen, como consecuencias inmediatas, graves dolencias y la suspensión completa de vuestras actividades personales, ya sean en las tareas cotidianas o bien en vuestras expansiones sociales.

Por temor de caer en el mayor de los ridículos, esas dolencias las reserváis en la mayoría de los casos para vosotros mismos, como padecimientos secretos, abandonándoos, ignorando posiblemente el progreso alarmante de esa afección intestinal que comienza en apariencia por ligeras molestias al sentaros, dificultad notoria al caminar y tener que pasar largas noches de insomnio en la cama boca abajo. Pues bien, esos padecimientos, que no son otra cosa en su principio sino, irritaciones del extremo del intestino se convierten en serias afecciones, degenerando en crisis hemorroidarias que al descuidarlas, se corre el seguro riesgo de ulceraciones difíciles de curar y el posible injerto de un cáncer que reclama intervenciones quirúrgicas dolorosísimas y una curación de larga convalecencia. Ahora bien, con el uso de cierta materia llamada noridal se evita llegar a ese triste porvenir, y es tan fácil su uso y este método, por otra parte, es tan higiénico y cómodo, que no se abandona hasta la completa curación.

Lo único que debe aportar el paciente como leve ayuda al método que recomendamos, es la aplicación con constancia de noridal y facilitar vuestras evacuaciones regulando las funciones intestinales con algún laxante de hierbas y no con purgas que producen hábitos e irritaciones. Hacedlo, y no solamente agradeceréis nuestro consejo, sino que también lo recomendaréis a vuestros amigos, poseedores de vuestra salud reconquistada.

"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida

Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:

LUIS B. GALVAN, Sarmlento 730

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Importante para el lector

La colección completa de nuestras obras (la mayoría reeditadas) se pone en venta por última vez durante el curso de Julio al precio único de 10 centavos el ejemplar. Pasada esa fecha el número atrasado valdrá \$ 0.20.

Hemos extendido el plazo y otorgado al lector la facilidad de adquirirla a 0.10 el ejemplar durante 30 días más o sea durante Agosto (fecha impostergable) para que el coleccionista pueda obtenerla por poco precio.

Pidanse en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

En el fin de esta obra va la nómina de las novelas publicadas hasta la fecha.

Tome agua caliente si desea tener buen color

No podemos menos que parecer bien y sentirnos mejor después de un baño interior.

Lucir uno bien y sentirse mejor es gozar de un baño interno todas las mañanas para eliminar del sistema los desechos del día anterior, las fermentaciones ácidas y las toxinas venenosas antes de que sean absorbidas por la sangre. De la misma manera que el carbón cuando arde deja tras sí cierta cantidad de material incombustible en forma de ceniza, así el alimento y la bebida tomados cada día dejan en el canal digestivo cierta cantidad de material no digerido que, si no se elimina, forma toxinas y venenos que son entonces absorbidos por la sangre a través de los mismos vasos que sólo están destinados a extraer nutriente para sostener al cuerpo.

Si usted quiere ver el vivo color de la flor lozana en sus mejillas, ver su cutis más hermoso, se le recomienda tomar todas las mañanas al levantarse un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone, que es un medio inofensivo de eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las materias de desecho y las toxinas, y de este modo

limpiar, suavizar y purificar el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago.

Los hombres y mujeres que tienen piel cetrina, manchas hepáticas, barros o semblante pálido, así como los que despiertan con lengua saburrosa, mal sabor, aliento fétido, y otros que padecen de dolores de cabeza, bilis, acedia o de estreñimiento deberían empezar a tomar esta agua caliente fosfatada y se les garantiza muy notable resultado en una o dos semanas.

Un cuarto de libra de fosfato limestone cuesta muy poco en la botica, pero es suficiente para demostrar que justamente como el jabón y el agua caliente limpian, purifican y refrescan la piel por afuera, así el agua caliente y el fosfato limestone obran sobre los órganos internos. Debemos considerar siempre que el aseo interno es mucho más importante que la limpieza externa, porque los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, mientras que los poros del intestino, sí.

Para informes: L. F. MILANTA, Rivadavia 1255 - Bs. As.

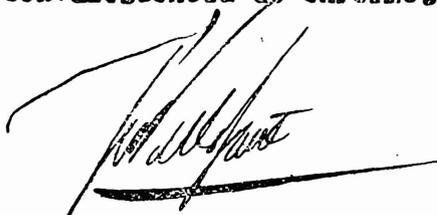
Dr. GUILLERMO VILLAFÑE

CLINICA MÉDICA
CIRUJIA DE URGENCIA
ETC.

MÉDICO DIRECTOR
DE LA
ASISTENCIA PÚBLICA

Pip.

En mi clientela privada, como en el servicio oficial de la Asistencia Pública de esta Ciudad que tengo a mi cargo, he usado con éxito los productos dietéticos "Avenol" "Seminol" etc., tanto en las enfermedades gastro intestinales de la infancia y en la alimentación del niño sano, como en la dietética de la convalescencia de enfermos adultos.



Posadas, Julio 19 de 1918

CEREALES MALTEADOS

SEMINOL

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Las colecciones de LA NOVELA SEMANAL

Ante las numerosas e insistentes demandas de colecciones que recibimos continuamente de parte de los lectores de la capital y de todo el interior de la república, y a pesar de la crisis de papel por que atraviesan todas las empresas editoriales del país y que amenaza aumentar diariamente su gravedad, burlando todas las prevenciones que se hagan para combatirla, resolvimos reeditar la mayoría de los números hasta la fecha agotados, imponiéndonos este considerable sacrificio en beneficio único de los lectores remisos que dejaron pasar sin adquirir las primeras publicaciones. Por lo tanto, hacemos notar la conveniencia de los lectores y coleccionistas de "LA NOVELA SEMANAL" que se procuren los números tan pronto como vayan apareciendo, y conseguirán el doble beneficio de facilitar la tarea de nuestra interesante empresa y conseguir poseer continuamente la colección completa de esta revista.

LA DIRECCION.

EL LUNES PRÓXIMO APARECERÁ

"EL ALMA DE BUENOS AIRES"

por el famoso y galano escritor ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

LA CASA DE LOS CUERVOS

POR

HUGO WAST (G. Martínez Zuviria)

I

Don Serafín Aldabas

Hasta hace poco manteníase intacta, en la calle que en los tiempos de este relato llamaban "de la Matriz derecha", la casa en que durante cuarenta años, don Serafín Aldabas enseñó a leer a los niños, que por alguna razón no hallaban sitio en el colegio de los Jesuitas.

Cubierto el cráneo puntiagudo, mondo ya, con un casquete negro de lustrina, enfundado en una estrecha levita, enjuto de carnes, los ojos azules, fugitivos, las piernas flojas, las manos largas e inhábiles, cuando no esgrimían el puntero o la palmeta, en la silueta obscura de don Serafín, no había más detalle interesante que la gruesa cadena de plata de su reloj, un hermoso reloj de oro, de una antigua marca inglesa, toda la fortuna que trajo de su patria.

Era de la Coruña, y sus traviosos discípulos que habían sorprendido la imperceptible dificultad con que pronunciaba la o, llamábanle "Curuña", mote al cual, después de treinta años, se iba acostumbrando.

Illegado al país en los tiempos más sangrientos del gobierno de Rozas, tímido como una polla, conservaba, no obstante, una extraordinaria afición a la política, que sólo concebía rodeada de misterios, de tal modo que su imaginación enviciada transformaba las cosas más simples en espeluznantes incidentes.

Y en la Santa Fe del año 77, no necesitaba forzar la fanta-

sía para llenarse de sobresaltos, sin que, en verdad, como en los tiempos de Rozas, corrieran peligro los vecinos madrugadores de tropezar en la acera con el cuerpo de algún unitario degollado a cercén, mientras por otra calle los mazorqueros paseaban un carro cargado de cabezas, pregonando su siniestra mercancía como si fueran zapallos.

Pero, aun sin llegar a esos extremos, la vida era angustiada por las frecuentes revoluciones que se tramaban contra el gobierno, para derrocar a don Servando Bayo, y destruir la influencia omnipotente del doctor Simón de Iriondo.

En Santa Fe no era posible desinteresarse de la política: o se era opositor, o se era gubernista.

Sólo el mísero don Serafín Aldabas no tenía derecho a ser ni lo uno ni lo otro. Por su escuela habían pasado casi todos los jóvenes que militaban en el partido liberal, y esto lo vinculaba con hondos afectos a la causa de la revolución.

Mas no le era permitido dejar traslucir sus inclinaciones, sin riesgo para su escuela, que no vivía de las insignificantes cuotas, impagas con frecuencia, de sus alumnos, sino de una subvención de cuarenta pesos mensuales que le otorgaba el gobierno, y que algunas indiscreciones habían puesto ya en peligro.

Hacia un mes que funcionaban las clases, después de las vacaciones, mediaba Abril, y todavía el humilde "Curuña" no había percibido un solo peso del vencido semestre.

Don Pablo Ferrer, el catalán dueño del almacén de la esquina en que don Serafín se surtía, empezaba a torcerle el gesto. Cuando concluida la clase el maestro, envuelto en su capa que le prestaba un poco de majestad, cruzaba la calle, hacia la plaza, persiguiendo la ocasión de encontrarse con el gobernador Bayo, que a esa hora abandonaba su despacho del Cabildo.

La plaza era entonces, como hoy, de una manzana entera, pero encuadrábanla construcciones más bajas, y eso parecía agrandarla.

Invariablemente, al dar las cinco de la tarde don Serafín Aldabas suspendía la clase. Su magnífico reloj "Losada", según podía leerse en la esfera, abierto sobre el pupitre, le señalaba la hora sin discrepar un minuto en un año con el cuadrante solar del colegio de los Jesuítas.

En el preciso momento cortaba la lección, aun cuando fuera en mitad de una frase, ponfise de pie, imitado por sus bulliciosos alumnos, que al levantarse tumbaban los escaños y coreaban un "Ave María".

Y después, mientras ellos se desparramaban por la plaza, espantando a las pacíficas gallinas del vecindario, atraídas por el trébol que crecía alrededor de la glorieta, don Serafín seguía el ancho camino enarenado, con la secreta esperanza de encontrar al gobernador, al doctor Iriondo o a cualquiera de los hombres poderosos, para brindarles un saludo y una sonrisa que prolongara la existencia de la subvención.

No obstante, la gente le apreciaba, y retribuía su saludo con afecto, aunque no tan ceremoniosamente como él habría querido; y era un triunfo para él, cuando alguno se acercaba a preguntarle la hora.

Su "Losada" era famoso en la ciudad, y aun el gobernador solía rendirle ese homenaje consultándole.

Don Serafín, con el casquete en la mano, miraba el reloj y respondía:

—Son las cinco y siete minutos y medio, excelentísimo señor.

LA CASA DE LOS CUERVOS

Y luego agregaba, con la emoción de un desacato, a la suprema autoridad que a un paso de él le atendía de igual a igual: —¿Se podría saber qué hora es en el reloj de V. E.?

El gobernador, con un leve gesto de impaciencia, sacaba una antigua saboneta de llave, y constataba alguna diferencia, que provocaba el invariable comentario de don Seraffín.

—¡Si V. E. tuviera un "Losada"...

Cuando finalizó el sexto mes impago, como coincidiera con el término de las vacaciones, durante las cuales don Seraffín no había percibido un ochavo de sus alumnos, se encontró en apuro tan grave que resolvió confiar su cuita al gobernador en la primera ocasión que tuviera el honor de ser consultado por la hora.

Pero fuese que el reloj de don Servando Bayo marchase mejor, o que su propietario hubiera perdido su afición a la exactitud, el hecho es que don Seraffín irritaba sus juanetes dando vueltas innumerables a la plaza, sin que el gobernador se dignara hacer más que contestar sus saludos.

Solamente una vez, en aquellos primeros días de Abril, se detuvo el gobernador en la plaza, y fué porque se encontró con don Simón de Iriondo, que lo tomó del brazo y lo llevó por las callejas empujadas del centro.

La alta y elegante figura de Iriondo contrastaba con la de Bayo, hombre grueso y bajo.

Don Simón vestía de levita, y en ese momento llevaba en la mano el sombrero de copa gris, lo que permitía apreciar la extraordinaria hermosura de aquella cabeza inteligente de caudillo, que tenía con el cabello profuso, peinado hacia atrás, la elegancia violenta y a la vez fácil de los gestos del león.

Distraído don Seraffín, no vio llegar hasta él a Bayo y a Iriondo, y sólo cuando éste apoyó su mano firme sobre su hombro, advirtió su presencia.

—¡Doctor Iriondo! ¡Excelentísimo señor gobernador! — exclamó don Seraffín, con una profunda reverencia y echando mano al reloj.

—¿Qué hora es, don Seraffín? — le interrogó Iriondo, complaciente con la inofensiva manía del maestro.

—Las cinco y cincuenta y siete minutos y algunos...

—¡Don Seraffín! — le interrumpió el gobernador, — ¿percibe siempre la subvención de la escuela?

—¡Ah, señor don Servando! — exclamó el mísero guardando su reloj con mano trémula — mi escuela se muere de hambre...

—¿Con maestro y todo? — insinuó risueñamente don Simón.

—Hace seis meses, Excelentísimo Señor...

Don Seraffín vacilaba, porque era un cargo que iba a arrojar sobre el gobierno. Mas Iriondo, que conocía el estado precario de las finanzas, no tuvo reparo en concluir la frase:

—¿Seis meses que no le pagan?

—Así es, doctor Iriondo; y cómo...

—Mañana cobrará — dijo el gobernador. — Vaya a verme al despacho a las ocho en punto.

—Ah, señor...

Anochece rápidamente.

Don Simón tomó del brazo al gobernador, y dieron algunos pasos. Bayo se volvió a don Seraffín, el cual echó mano al reloj.

—¿Hace mucho que no ve a Cullen?

El maestro pensó un momento sin comprender.

—A don Patricio Cullen — explicó Bayo.

—¿Y a Montarón?

—Don Pedro Montarón estuvo ayer en mi casa — respondió con cierta vanidad el maestro.

—¿Fué de visita? — ¿No le preguntó por...?

Don Simón hizo un gesto que contó al gobernador en mitad de la frase. Se mordió los labios, y entonces Iriondo, poniendo la mano sobre el hombro de don Serafín, le dijo con insinuante diplomacia:

—La subvención de su escuela es de cien pesos ¿no?

—¡Oh, qué esperanza! ¡Cuarenta pesos, no más!

—¿No más? ¡Señor gobernador! Este meritorio servidor de la provincia no podrá vivir con eso...

—Vaya mañana a verme — dijo Bayo — a las ocho en punto.

—Y luego agregó: — ¿Tiene en su escuela algún niño pariente de Montarón?

—No, señor gobernador. Don Pedro Montarón fué a pedirme nuevas de mi sobrino el capitán Insúa...

No bien don Serafín oyó el sonido de su propia voz, pronunciando aquel nombre, se le estrechó el corazón, porque recordó que Insúa y Montarón constituían con don Patricio Cullen el eje de las revoluciones contra el gobierno de Bayo, y al revelarle a éste el objeto de la visita, quizás estaba comprometiendo algún plan.

No hablaron más y allí se separaron.

En el crepúsculo, escaso ya, don Serafín vió a Iriondo entrar en su casa, llevando siempre del brazo al gobernador.

Cruzó de nuevo el arroyo y entró en su escuela, empujando la puerta de calle, asegurada por una gruesa piedra.

—¡Rosarito, Rosarito! — gritó.

Rosarito era su hija, toda la poesía de la vida del pobre hombre, y todo lo que le había hecho amar el trabajo y soportar la miseria.

Tenía diez y ocho años, y su sola presencia llenaba la casa.

A la voz de su padre corrió la niña hasta el zaguán oscuro, y antes de que él le hablara de su extraordinaria aventura, ella le dijo al oído con voz trémula:

—Está Francisco Insúa, papá, y no quiere que nadie lo sepa.

Los remordimientos de don Serafín recrudecieron y empezó a sospechar que todo, desde las ausencias del gobernador hasta la invitación a ir a su despacho, tenía relación con la repentina llegada del capitán Insúa.

II

Una voce poco fa!

La vida del maestro encerraba una novela que el mundo había olvidado.

Muchos años antes, tantos que él mismo ya no quería contarlos, porque su recuerdo se hacía más doloroso cuanto más lejano, él, joven, lleno aún de las ilusiones que le habían hecho cruzar el mar, recién llegado a Santa Fe, encontró un puesto de cajero y tenedor de libros en la casa de comercio de don Agustín Insúa, uno de los estancieros más fuertes del país.

Insúa tenía muchos hijos, pero sólo una hija, la menor, que en el tiempo en que don Serafín comenzó a hacer números en los grandes libros de su padre, era una deliciosa chicuela de siete años, rubia y de ojos azules, que más de una vez volcó el tintero sobre las páginas que el tenedor de libros iba llenando con signos

misteriosos para ella. El se encadenó a la casa oscura y triste en que su patrón vivía enriqueciéndose, por aquel rayo de sol que entraba casi a la misma hora, cuando su padre abandonaba el escritorio y quedaba el empleado solo.

Pasaron largos años, variando apenas los episodios de aquella amistad que iba trocándose en amor silencioso y apacible.

Don Agustín Insúa, viudo desde el nacimiento de su hija, absorto en sus complicados negocios, no sospechó nunca el idilio que se iba tejiendo en su propia casa entre Serafín y Rosario, y cuando un día alguien le contó lo que pasaba, montó en cólera y cayó como un huracán sobre el caiero y sobre la niña, que era ya una linda joven de diez y ocho años.

Ambos confesaron la verdad; el empleado fué despedido, por haber alzado los ojos hasta la hija del patrón, y ella enviada a un colegio de Buenos Aires, para que olvidara su locura.

Ni él ni ella olvidaron, y cuando algunos años después volvió Rosario, mayor de edad y libre para disponer de su corazón y de su persona, con una férrea voluntad que nadie habría sospechado bajo su grácil hermosura, huyó de su casa y fué a pedir asilo a una tía, y se casó con su fiel amigo, desafiando el rencor de toda la familia.

El padre se vengó de la hija, traspasando sus bienes cuantiosos en forma que a su muerte, que ocurrió poco después, los hijos lo tuvieran todo y ella nada.

Uno de sus hermanos, sin embargo, condolido de su situación, le donó la casa en que don Serafín instaló su escuela, único medio de vida que le quedó después de su aventura.

Pero eran felices en su humildad, rayana en la miseria, y cuando tres años después Rosarito murió al nacer su hija, el pobre maestro creyó que el mundo se iba a quebrar y que él se hundiría en el espacio como un pedazo de estrella.

No ocurrió la catástrofe. Las gentes continuaron haciendo su vida ordinaria; sus cuñados ni siquiera fueron al entierro, y él mismo siguió viviendo una vida más oscura, envuelto en inofensivas manías que amortiguaban su dolor, y odiando casi a la chicuela que crecía ignorante del mal que había hecho; hasta que un día, como un volcán que renace, irrumpió en el corazón del maestro, que se hacía viejo, un amor inmenso hacia la niña, que llevaba el nombre de su madre.

La niña creció sola en el antiguo caserón de la escuela. Una mulata fiel, hija de una esclava de los Insúa, sirvióles allí hasta que murió, y enseñó a Rosarito a rezar y a ser dueña de casa.

Cuando murió la criada, se resignaron a vivir solos, cargando Rosarito, que tenía quince años, con todo el quehacer de la casa.

Cuando la niña era pequeña, asistía a las clases y aprendía a la par de los demás alumnos: cuando fué mayor, y quedaron solos, mientras su padre repetía las lecciones, ella adentro trabajaba como un ama y como una criada, en la cocina, en el lavadero, en el jardín.

En la huerta se criaban las gallinas, que completaban la fortuna del maestro.

Rosarito amaba su jardín y su huerta, donde estaban todas sus amistades. Las gentes parecían olvidadas de la novela del maestro, pero continuaba pesando sobre ellos un inexplicable ostracismo, del que por su parte no trató nunca de salir.

Orgullosa por instinto de raza, lastimábala el poco aprecio que hacían de su padre, cuyo apellido Aldabas, no tenía realmente la sonoridad aristocrática del de su madre.

En la humildad de su vida también ella, que había heredado la ternura de su madre, iba siguiendo la trama de un romance, desconocido de todos, y cuya intriga le ponía en los ojos azules

una pincelada de ensueño, y en la frente pura una arruga leve, en que se adivinaba su voluntad, templada para todas las batallas que podía reservarle el destino.

La tía lejana, en cuya casa halló refugio su madre, muerta hacía tiempo, dejó un niño al cuidado del maestro.

Francisco Insúa entró así en la casa de Rosarito, mayor que ella bastantes años, de tal modo que cuando ella no era más que una chicuela, él era ya un precoz hombrecito que jugaba a las revoluciones.

Herederó de una gran fortuna en campos y haciendas, desde que fué hombre pasaba lo más del tiempo en sus estancias, bajando rara vez a la ciudad, casi siempre con propósitos revolucionarios.

Un gobernador amigo, caso extraordinario, pues era enemigo por sistema de todos los gobiernos, agraciado con el cargo honorífico de capitán de guardias nacionales, y con esa designación llegó a los tiempos de Iriondo y de Bayo, que no conocieron adversario más perseverante y activo, por lo cual, cada vez que llegaba a la ciudad, la policía echaba detrás de él sus mejores pesquisantes, para seguirle los pasos.

Una tarde—aquella tarde en que don Serafín tuvo la buena fortuna de hallarse con el gobernador y con Iriondo,—Rosarito estaba sola, en la gran casa que empezaba a anegarse dulcemente en la sombra de la noche.

Sintió que la puerta de calle se abría, arrastrando la piedra que la calzaba, y creyendo que fuera su padre, se quedó allí.

Sólo vió que era Francisco Insúa, cuando él la apretó en sus brazos y la besó en la frente.

—¡Francisco!

El la hizo callar.

—Que nadie sepa mi llegada. ¿Tu padre? ¿Está en la plaza? ¿Mi cuarto?

En el caserón de la escuela había siempre lista para él una pieza, que Rosarito cuidaba con incansable esperanza.

Pero esa vez tenía otros designios.

—Ahora no quiero dormir allí. Es necesario que si alguien viene y entra de improviso, no sospeche mi presencia. Debo esconderme, dos o tres días, nada más. Arriba, en la bohardilla del techo, sobre las vigas del cielorraso, estaré seguro y cómodo.

Ella lo miraba hablar, penetrada de admiración y de ternura, y llena de celos.

Cuando llegó don Serafín, ya el capitán Insúa tenía su escondrijo, difícil de encontrar, y podía aguardar, sin peligro, la visita de los que con él tramaban la revolución.

III

La conspiración

Aj toque de ánimas esa noche, la ciudad parecía desierta.

Cuando el trueno callaba sentíase la voz lamentable de la campana de San Francisco anunciando a las gentes que habían dado las ocho.

Don Patricio Cullen, el jefe de los adversarios del gobierno, tenía su casa en la calle principal, a poco más de dos cuadradas de la plaza, y no lejos de una esquina, donde esa noche, a la luz de los relámpagos, podía advertirse la presencia de dos hombres, enbozados en capas oscuras.

Uno de ellos era don Braulio Jarque, jefe de policía, a quien el gobernador Bayo encomendaba la seguridad de su gobierno; y el

otro era su secretario y cuñado el joven teniente de milicias nacionales Carmelo Borja.

Jarque era español, amigo, casi camarada de don Serafín Aldabas, aunque más joven y llegado al país muchos años después que él.

Ocupado en la policía como escribiente en los tiempos de Iriondo, eleváronle al rango de comisario, y de tal manera acreditó su sagacidad en descubrir los planes revolucionarios y hacerlos abortar, la más grave misión de la policía de aquel tiempo, que Bayo, en su gobierno, lo hizo jefe.

Desde algunos meses atrás, Jarque, gracias a los espías que tenía diseminados en las estancias de los opositores mismos, Cullen, Montarón e Insúa, comprendía que se estaba urdiendo una revolución, cuyo desenlace no parecía lejano, a juzgar por lo frecuente de ciertas visitas sospechosas, y de algún movimiento de peonadas en las colonias del Norte, Helvecia y California, donde los revolucionarios tenían una gran popularidad entre los colonos extranjeros.

Don Pedro Montarón iba a dar un gran baile, celebrando el compromiso de su hija Syra con el teniente Carmelo Borja, secretario de Jarque.

Montarón era el Creso de los opositores, la bolsa abierta siempre para costear las revoluciones.

El jefe de policía sospechó que aquel baile podía ser un pretexto para atraer a los hombres del gobierno, relacionados con él, y que no obstante la diversidad de opiniones políticas, no se negarían a asistir. Retenidos en la fiesta, podía el capitán Insúa con su gente caer sobre las ciudad desprevenida, y aun hacer prisioneros a los asistentes a ella.

Sus sospechas se confirmaron cuando le hicieron saber que Montarón había visitado al inofensivo don Serafín, y por el gobernador supo el objeto de aquella visita, indicadora de que en la ciudad se esperaba la llegada de Insúa.

Pero el joven revolucionario astuto y acostumbrado a aquellos lances, logró entrar en Santa Fe, sin que lo advirtiera la policía de Jarque, de modo que esa noche, mientras el jefe, con su secretario, se guarecían bajo el alero de aquella esquina que les permitía observar la casa de don Patricio Cullen, estaban lejos de sospechar que él ya estuviera en sitio seguro, aguardando precisamente a Cullen y a Montarón con quienes debía planear los detalles de la revolución para la noche del baile.

Montarón fué el primero en llegar a la cita. Entró al lóbrego caserón de la escuela, no por la puerta de calle, sino por la huerta, cuyas tapias escaló, porque daban a los fondos de su casa.

Era un hombre de cincuenta años, bajito, regordete, pero ágil y movedido. Todo rasurado y muy pulcro, con los tupidos cabellos grises cortados al rape, su fisonomía rubicunda, animada por una constante sonrisa, tenía algo de eclesiástico.

Era muy rico y, al revés de Insúa, no tenía una sola vaca, pero sí mucho dinero contante, ganado en empresas bancarias.

Uruguayo, radicado en Santa Fe desde largo tiempo atrás, se hallaba tan vinculado a su suelo por sus negocios y sus amistades, que allí pensaba morir.

Abrazó fuertemente a Insúa, arrastró uno de los escaños hasta la mesa, negándose a aceptar ninguna de las sillas que le ofrecieron, y se sentó buscando la sombra de la pantalla, para observar mejor.

Antes de que hablara ninguno de ellos, cohibidos como estaban por diferentes sentimientos, un empujón dado a la puerta de la

calle, cuya piedra se arrastró sobre las losas del zaguán, les anunció la llegada de un nuevo contertulio.

Debía de ser don Patricio Cullen, por lo cual Insúa salió a recibirlo y a atrancar la puerta, que dejaron entornada, a fin de que el jefe de los revolucionarios entrara sin llamar.

Don Serafín, que no le esperaba, viéndole llegar sintió crecer su alarma y tornó a mirar el reloj, con aquel gesto a que recurría en los casos apurados.

Adivinó qué podía significar aquella reunión y cuchicheó al oído de Cullen:

—¿Así, pues, señor don Patricio, se trata de una revolución?

El ex gobernador de Santa Fe había tomado asiento ya en la silla que le ofreció Rosarito, junto a la de Insúa, la que ella ocupaba.

Don Serafín en pie, aguardando una explicación que no vino, miraba con nueva angustia el cuadro alarmante que alumbraba su pacífica lámpara.

—¡Señores! — les dijo; pero la voz se le anudó en la garganta. Los tres lo miraron.

Insúa hizo luego una seña a Rosario para que los dejaran solos.

—¿Es seguro ese hombre? — preguntó Cullen cuando quedaron solos.

La luz de la lámpara daba de lleno sobre la figura majestuosa de don Patricio, y su barba castaña, abierta sobre el pecho, adquiría tonos dorados.

—Completamente seguro — respondió Insúa — y su casa debe ser hoy el punto de cita menos sospechoso.

Montarón arrugó la nariz, con gesto de duda.

—No tanto. Ayer me crucé en la puerta con uno de los pesquisas de Jarque. Por lo que se hizo el indiferente al verme, sospecho que no dejó de notar mi presencia en el sitio. Por eso he venido hoy como un ladrón o como un enamorado, saltando las tapias, procedimiento que aconsejaría a don Patricio, si viviera más cerca.

Don Patricio sonrió; era muy grueso, y lo que para aquel hombrecillo rechoncho, pero ágil, resultaba un juego, para él habría sido lo más difícil de la revolución.

Un momento prestaron oído a los rumores que venían de afuera. Insúa pensó en Rosarito, dormida quizás, y comenzó luego a explicar su plan revolucionario.

Tenían listos ciento veinte hombres, acampados a esas horas en los sauzales del arroyo de Leyes; a la mañana se pondrían en marcha sobre la ciudad, según las órdenes que les había dejado, y entrarían a la oración.

Tenían dos chalanas cargadas de leña, en que llegarían al puerto, cruzando la laguna. Otros estaban ya en la ciudad, adonde habían llegado en carros de colonos, tirados por buenos caballos, que les servirían para montar, o habían entrado como peones de estancia, a buscar provisiones.

—¿Bien armados? — preguntó Montarón.

—Estos no; tienen sus cuchillos, que pueden ser lanzas, atados en una caña tacuara.

—¿Y los otros?

—Los que vienen en las chalanas son los suizos de Helvecia, armados con carabinas y con rémingtons. Algunos criollos tienen trabucos. La munición es escasa, pero no se necesitará mucha.

—Así es — observó Cullen — el éxito está en sorprender a la policía. Si no entramos en el primer asalto, la batalla está per-

cida, y no habrá más que desbandarse y buscar refugio donde sea posible hallarlo.

—Y los que han llegado — interrogó — ¿dónde están?

—En la barraca de Fosco, a orillas del río, al Sud, que es donde atracarán las chalanas, para estar más cerca de la policía.

—Mi mayor confianza está en lo que hagamos en el baile — dijo Montarón, bajando la voz — Iriondo y Bayo irán; Jarque ciertamente no faltará, y como no estarán prevenidos, en cuanto suenen los primeros tiros en la plaza podremos tomarlos como en una ratonera.

Insúa no parecía participar de esa opinión.

—Eso no es pelear — objetó — eso es entrapar a los hombres, como si fueran ratones. Prefiero el ataque, lanza en ristre, al frente de mi caballería...

—Ellos son más y están mejor armados.

—Nuestros hombres no pelean por la paga, como los de ellos; y esa es una ventaja que compensa el número y la diferencia de las armas.

—Tendremos que ir contra el batallón "7 de Abril", que es de línea, capitán — observó Montarón.

—Mejor; eso enardece. Lo que desmoraliza es pelear contra flojos que se esconden o disparan.

Tras un momento de silencio, Cullen, deseando armonizar las dos opiniones, dijo acercándose a la luz:

—Las dos cosas deben hacerse. Es necesario el asalto a la policía, y al mismo tiempo la celada del baile. Una maniobra sin la otra nos llevaría al fracaso, que ha sido siempre el término de nuestras revoluciones. El capitán Insúa mandará el asalto; y nosotros, en el baile, en cuanto suenen los primeros tiros, aprovechando la sorpresa de los iriondistas, caeremos sobre ellos. Apresados Iriondo y Bayo, la tropa del gobierno se rendirá. Hay entre ellos partidarios nuestros que iniciarán el desbande.

Hizo una pausa, esperando alguna observación, y como no la hubo, prosiguió, con su voz suave y sus ademanes tranquilos:

—Por otra parte, ni Bayo, ni Iriondo son niños. Es verdad que toda nuestra mozada distinguida estará en el baile, y se pondrá a nuestro lado, pero las cosas no se llevarán a cabo sin riesgos; porque supongo que no serán esos dos los únicos iriondistas que habrá invitado usted a su fiesta.

—He invitado a todos los que significan algo — respondió Montarón; — no sé quiénes irán, mas podemos contar con que no faltarán ni el ministro Pizarro, ni el doctor Zavalla, y habrá que tenerlos en cuenta; — y agregó haciendo uso de un término gauchesco — no son gente de arriar con la mano.

Insúa acabó por aceptar la importancia de aquella maniobra, que, en verdad, podría ser más eficaz que las briosas acometidas de sus paisanos a caballo, sembrando de muertos las calles de Santa Fe y huyendo una hora después del ataque.

Mediaba la noche, cuando los conspiradores, después de precisar los detalles de su plan, disolvieron la reunión.

Don Pedro Montarón escurrióse de nuevo hacia la huerta, y saltó la tapia. Don Patricio Cullen, se envolvió en una capa obscura, con vueltas de terciopelo, y salió franca y gallardamente a la calle, como si nadie pudiera sospechar de él.

Al cruzar la esquina de la matriz no vió entre los arcos del pórtico una sombra cautelosa que acechaba sus pasos.

Cuando Insúa apagó la lámpara y salió del comedor para llegar hasta el escondrijo en que debía pasar la noche encontró en la galería a Rosarito, cuyos ojos fieles radiaban en la sombra.

Insúa le estrechó la mano y le dijo con voz baja una frase que a ella la hizo estremecerse:

—¡Has nacido para mujer de un revolucionario!

IV

La levita de Cullen

Fué ese el primer día frío del otoño que empezaba a dorar el follaje de los árboles caducos.

A las ocho en punto, la puerta de la escuela de don Serafín estaba sitiada por una banda turbulenta de escolares.

El maestro se levantó más temprano que de costumbre, y por lo menos una hora antes de las ocho estuvo dispuesto para acudir a la cita que le diera el gobernador la noche antes.

Cuando empezó a trepar las escaleras del Cabildo, hacia el despacho del gobernador, recordó su pecado de esa noche dando albergue a los conspiradores y le temblaron las rodillas.

En este momento se le acercó Jarque y lo tomó del brazo y lo llevó con alguna prisa, que llenó de pavor al maestro, a la oficina de la Jefatura de Policía, que formaba cuadro con el salón de espera, en una de las alas del edificio.

Entraron al despacho, una pieza grande y fría, con pobrísimos muebles, una mesa de caoba y algunas sillas de estera. Jarque cerró la puerta, aumentando la confusión del maestro.

—Te advierto, Braulio, que tengo una cita con el señor gobernador.

—¿A qué hora?

—A las ocho; y estaba haciendo tiempo...

Jarque echó una despreciativa mirada sobre el reloj que don Serafín tenía en la mano, y sentándose al lado, le dijo con tono zumbón:

—Tu reloj atrasa, muchacho. Hace un cuarto de hora que el gobernador te esperaba; ahora, me ha encargado tu asunto, porque él atiende a otros visitantes.

Don Serafín se había puesto de pie, con el pelo encrespado por la indignación.

—¡El "Losada", señor jefe de policía, no atrasa nunca!

—Entonces está parado — le respondió Jarque, haciéndolo sentar de nuevo.

El maestro acercó al oído su maravillosa máquina, y constató con horror que en efecto se había parado algunos minutos antes, falto de cuerda.

—¡Ah, miserable! — exclamó golpeándose la frente. — He deshonrado mi reloj. Por primera vez en treinta años, anoche por culpa de las visitas, me acosté sin darle cuerda.

Jarque sonreía.

—¿Tuviste visitas, Serafín? ¿Haces tertulia ahora? ¿Estás por casar tu hija?

El maestro, que daba cuerda a su "Losada", se quedó frío al oír aquello. Un poco más y en su turbación habría puesto al astuto jefe de policía sobre la pista de la conspiración tramada en su casa.

Jarque observó la ingrata impresión que causó su pregunta.

Transcurrieron breves minutos en charla sobre cosas triviales y de improviso le abocó esta pregunta:

—¿A qué fué don Patricio Cullen a tu casa anoche?

El maestro se quedó lívido, pero decidido a morir antes que delatar a sus amigos, contestó con un soplo de voz:

—A visitarme. . .

DON Serafín tuvo entonces un rayo de luz. Se acordó de algunos rasgos nobilísimos del carácter de Cullen, el cual disimulaba sus caridades con tacto exquisito y se animó a echar una mentira salvadora.

—¡Oh, Braulio! ¡Desconfías de mí! Sabrás, entonces, toda mi vergüenza: don Patricio fué a llevarme una levita.

—¿Una leveita?—exclamó Jarque sorprendido.—¿Para qué te fué a llevar una levita?

—¡Mira!—contestó don Serafín, poniéndose de pie, y dejándolo caer la capa, con el gesto de Friné delante de sus jueces.

Y Jarque pudo ver, en efecto, que su amigo tenía urgente necesidad de una levita, porque la que llevaba no merecía tal nombre, pues a más de los faldones que le faltaban, empleados en menesteres escolares, carecía de forros y los bolsillos no habrían podido cumplir su misión de tales.

Jarque se echó a reír, ante la figura desguarnecida de su amigo, y éste se puso rojo de cólera.

—¿Y por qué no te la has puesto?

Don Serafín tartamudeó un instante:

—Pues, porque—¡ahí verás!—no tenemos el mismo cuerpo, y Rosarito ha debido encargarse de achicarla.

Jarque pareció satisfecho y el maestro se quedó íntimamente halagado por su destreza, que había despistado al astuto jefe de los polizontes, y pensó que bajo su capa se ocultaba un fino espíritu revolucionario.

Hablaron luego de otras cosas, y de pronto Jarque preguntó:

—¿Siempre es tu hija tan bonita?

—Es como antes.

—¿Y siempre tan hacendosa?, ¡aquellas empanadas que ella hacía!

—Cuando las haga —dijo el maestro— te haré mandar media docena.

—Gracias; prefiero ir un día de estos a comerlas en tu propia mesa.

—Cuando gustes, Braulio—respondía.

El jefe se había quedado caviloso.

—¿No sería posible hoy?—dijo.

El maestro vaciló. ¿Cómo iba a costear el gasto?

—Te seré franco, Braulio. Si hoy me pagaran siquiera un mes, podría surtirme de nuevo en el almacén, y habría en casi cómo hacer empanadas. Si no. . .

El jefe de policía no aguardó más. Escribió unas líneas, que metió en un sobre y mandó con un ayudante a su destinatario, que don Serafín no pudo saber quién era, pero que debía ser el ministro o el gobernador mismo, porque volvió al cabo de pocos minutos con otro sobre en que venía el dinero de cinco de los meses atrasados, doscientos pesos.

Deslumbrado por aquella fortuna, el maestro bajó tambaleando las escaleras del Cabildo, y atravesó la plaza a grandes zancadas.

V

En la tarde del baile

La casa de Montarón en la calle del Cabildo, a media cuadra de la plaza, era de dos pisos, recién construída con un lujo desusado entonces, por el mismo arquitecto que edificó la de don Simón de Iriondo, lo cual halagaba la vanidad del opulento banquero.

Bajo los corredores que daban a la calle, enlosados de mármol, paseaban los galanes. En los primeros tiempos fueron muchos, hasta que Syra, la hija de Montarón, los alejó con sus desdenes, que sólo uno de ellos perdonó, porque estaba profundamente enamorado.

Era Borja, el teniente de milicias, joven y gallardo, con su vistoso uniforme, su chaqueta de paño azul, galoneada de oro, pantalón rojo con franja dorada, su deslumbrante espadín que rozaba las paredes, con un ruido metálico, que un día fué para Syra la señal de salir al balcón a verle pasar.

Y eso ocurrió en la pasada primavera, cuando en la plaza se vestían las acacias de racimos blancos, cuyo perfume penetrante trastornaba el corazón y la cabeza. Syra sintió llegar el amor, como un sol que nace, y ella le confesó que lo amaba, y que había tardado en decirselo, para probar su constancia.

El opulento Montarón quería festejar el compromiso oficial de su hija con una fiesta, que sería a la vez una hábil celada.

Syra conocía las opiniones políticas de su padre, y día por día aguardaba el estallido de una revolución en que él o su novio, combatiendo en filas opuestas, podían hallar la muerte.

Montarón conservaba una relación lo más estrecha posible, dadas sus ideas, con las familias de los hombres contra cuyo gobierno conspiraba, y cuando su hija le anunció el noviazgo con el joven militar, secretario de Jarque, ni por un momento vaciló en franquearle la entrada de su hogar.

Y en las tertulias frecuentes que se hacían los días de visitas, Montarón siempre dueño de su casa y dueño de sí mismo, sabía ser exquisito, aún con los adversarios que asistían a ellas, y en quienes producía la impresión de que Jarque lo había curado de sus veleidades revolucionarias, no dejando llegar a término ningún complot.

Syra comprendía, empero, que su padre tramaba la caída de Bayo. Continuos y misteriosos "chasques" o mensajeros, que llegaban de noche, y entraban, sin llamar, por una puertecilla falsa, le daban a entender que se aproximaba, quizás, el desenlace temido.

Montarón disimulaba ante ella, no queriendo exponerse al evento de su discreción de mujer enamorada.

Noches antes, Syra sorprendió a su padre llegando de la huerta con el traje embarrado, indicio elocuente de su excursión harto sospechosa a esa hora y con ese tiempo, y como en los últimos días habían aumentado las maniobras sospechosas, que la alarmaban, advinó que los sucesos estaban próximos, y se llenó de terror.

En cualquier movimiento revolucionario, su novio, por su cargo, tenía señalado un puesto de peligro.

¿Cómo advertirle sin descubrir a su padre?

En la tarde del baile, vió a su padre alistar unas armas, y sintiéndose morir, bajo la angustia, corrió a la casa vecina donde él entrar la noche solía encontrarse con su novio.

Cuando se halló frente a él, le faltó la voz, y se echó a llorar, sacudiendo la cara sobre el hombro de él.

Borja también presentía los sucesos que se aproximaban. Jarque se había apoderado de los hilos de la conjuración, y aunque ignoraba las circunstancias en que se desarrollaría el episodio revolucionario, comprendía que estaban envueltos en una intriga, que no podía tener más que un sangriento desenlace.

Aquel llanto de Syra, cuyo padre debía ser de los más comprometidos, aumentó su zozobra, porque era evidente señal de que ella había sorprendido algo que no podía confiarle.

—Me da miedo la tarde, y me da miedo la noche que llega. Carmelo. . . . ¿no temen nada, nada?

—¿Qué podríamos temer? Todo está tranquilo, a su fiesta irán amigos y adversarios del gobierno, y será ésa una ocasión de acercarse, de tratarse, quizás de hacer la paz que tolos anhelan.

Un rato habló así, tranquilizándola, y sintiendo que sus propias razones le tranquilizaban a él mismo, haciéndole ver cuán vanos y ridículos eran los recelos.

—Esta noche, Syra, te pido que cantes los versos del doctor Goyena, los que comienzan así: "Cuentan los sabios que la blanca luna. . . ."

Ella no lo había besado nunca, pero esa vez, dominando todo su pudor, acercó su cara a la de él y lo besó apasionadamente, como si fuera a partir para un largo viaje.

Y salió huyendo de la casa, sin saludar a nadie, atravesando medrosa el patio, en que la noche había caído como un crespón negro, envolviendo los sombríos naranjos de amargo perfume.

VI

Una sombra en el hueco de la puerta

Por la mañana a eso de las nueve, don Serafín volvió a su escuela que resonaba con la bulla de los niños, a los cuales Rosarito les había franqueado la entrada para que jugasen en el recinto abrigado de las galerías.

Ella misma, después de llevar el desayuno a Insúa que se aburría en la soledad de su escondrijo, bajó a jugar con ellos.

Rosarito se sentó en un rincón, donde la cocina formaba un reparo, en el extremo del corredor, y los más pequeños corrieron a ella, para que les contara aquellos cuentos que iluminaron la niñez de su madre.

No era ya hora de iniciar la clase, por lo cual despidieron a los niños que jugaban en las galerías, cerraron la puerta de calle, y llamaron a Insúa, que bajó de su bohardilla, contento como un prisionero libertado.

A él y a Rosarito les relató don Serafín su conferencia con el jefe de policía, detallando prolijamente la manera en que eludió toda contestación comprometedora.

—Hoy Jarque vendrá a comer tus empanadas, Rosarito, hija mía. . . .

La niña se alarmó oyendo aquello, porque sospechó que eso podría ser un pretexto para una visita del jefe, pero no el verdadero motivo. Sin duda quería comprobar lo dicho por su padre.

Se vistió con su sencillo traje de salir, y se fué al boliche de don Pablo Ferrer; pagó la cuenta, y se aprovisionó de lo que le hacía falta para confeccionar sus empanadas; y luego corrió a casa de don Patricio Cullen.

Llena de confusión refirió al caudillo de los revolucionarios aquella aventura de la levita, que la obligaba a pedir una, a fin de que Jarque la hallara, en verdad, arreglándola al cuerpo de su padre. Y fué tan afortunada y hábil, que esa tarde, a la hora de la siesta, en que el jefe de policía acudió a la escuela, pudo obsequiarle con empanadas sacadas del horno, sirviéndoselas en una punta de la mesa y atendiéndole ella desde la otra, donde a toda prisa descosía una levita de don Patricio Cullen, para adaptarla al mezquino cuerpo de Aldabas.

No bien se hubo marchado Jarque bajó Insúa de su escondrijo, donde había pasado cuatro mortales horas; y como era necesario

prevenir para esa misma noche al dueño de la barraca donde se refugiarían los revolucionarios que llegaran por el río, aprovechó para salir la obscuridad que reinaba, con el cielo nublado, amenazando lluvia.

La barraca de Fosco, al sur de la ciudad, a pocos pasos del arroyo Quillá, un brazo del río era un vasto recinto cuadrado, con paredes de tapia.

En la obscuridad de la noche Insúa vió aparecer a lo lejos la masa negra de la coposa arboleda que rodeaba la barraca, haciendo más discreto el refugio.

Insúa no pudo dejar de sentir un estremecimiento, como un alatazo del miedo, al llegar a aquellos lugares en que podía hallar la muerte, si Jarque daba con su pista.

Llamó con las señales que sus dueños conocían.

Fosco estaba advertido por el mismo don Patricio de la inminencia de una revolución, a la que se disponía prestar su concurso, tanto más apreciable, cuanto que la ubicación de la barraca debía esa vez hacerla poco sospechosa.

Generalmente los revolucionarios invadían la ciudad por el norte, viniendo de las estancias de Cullen o de Insúa, y era casi seguro que el mayor empeño de la policía se pondría en vigilar el camino de Santa Rosa, descuidando la barraca a orillas del río, excelente lugar de desembarco, por la menor distancia a que de allí estaba el Cabildo, que iban a atacar.

A la señal de Insúa, un poderoso mastín de largas lanas se echó sobre la puerta, que poco después abrió Fosco, acallando al perro y recatándose aún, por si no eran los amigos que esperaba.

De una numerosa familia, Fosco no conservaba consigo más que a su mujer y a una hija, a quienes halló Insúa en la pieza del piso bajo de la casa, cuando entró con el suizo por guía.

—¡Señor capitán!—le dijeron al saludarle, y él notó en sus ojos la misma luz de inteligencia con que le acogiera el dueño de casa. Era gente fiel, dispuesta a servirle hasta la muerte.

Fosco andaba cerca de los sesenta años, pero de recia musculatura, y buen tirador, podía ser un buen soldado.

Insúa le apretó la mano, sin decirle palabra, y tomó asiento al lado de la mesa, bajo la luz de la lámpara. Fosco y las dos mujeres permanecían de pie. Sabían que en aquella interzona por derrocar al gobierno se jugaban la libertad, la paz, la fortuna y quizás la vida, pero estaban dispuestos.

Como Insúa vacilaba en hablar, Fosco mandó a las mujeres que salieran del cuarto, y una vez solos, dijo:

—Son fieles y discretas, pero es mejor que ignoren lo que ha de ocurrir.

—Así es—respondió Insúa.—Mañana vendrán nuestros amigos. Viajan en chalanas cargadas de leña, por el río, y atracarán en la costa del arroyo, a cien metros de aquí. Otros están llegando desde ayer, en carros y a caballo, como si fueran gente de campo que viene a hacer provisiones. Esta noche, llegarán los que faltan, y, sin duda, buscarán albergue en la barraca, para estar al habla. Son los más seguros los que así vienen, pero en las chalanas está el grueso de las fuerzas. Las manda Alarcón que sabe hacer las cosas y el indio José....

—¿José Golondrina?—preguntó vivamente Fosco.

—Sí; ¿lo conoce?

—Lo conozco; lo conocí en Helvecia—vaciló un momento y dijo:—Yo no lo creía bueno para esto.

—¿Por qué?

—No sé, a la verdad no sé; pero nunca me ha parecido hombre de confianza.

—Es mi asistente hace años—observó Insúa.

—Entonces debe ser bueno—contestó sin mucha convicción el colono.

Insúa continuó dando instrucciones, para que todos obraran de acuerdo y no se perdiera ni un minuto, ni un hombre.

Cuando no tuvo más que recomendar, volvió a la ciudad, donde se encontraría con Cullen y Montarón.

Insúa tranquilo por la soledad de las calles, se atrevió a pasar cerca del farol, y al llegar a la esquina de la escuela, se encontró bruscamente con Jarque.

Sintió que le seguía y apretó el paso, con la seguridad de adelantársele y anduvo así, un cuarto de hora, haciendo recodos, y cruzando calles; cuando supuso que el jefe de policía había abandonado su persecución, regresó a la calle de la Matriz.

El farol de la esquina se había apagado, y era extraño, porque el viento apenas soplabá.

Nada se veía en la calle lóbrega. El almacén de Ferrer estaba cerrado, y todo el barrio parecía dormido bajo los oscuros tejados a dos aguas. En una bohardilla, a lo lejos, temblaba una luz.

Llegó Insúa hasta la puerta de la escuela, y la empujó de golpe, y al entrar vió que del hueco de una puerta casi contigua, salía un hombre, que sin duda estuvo al acecho.

Comprendió que Jarque, en vez de seguirle a través de las calles, sospechando quién era, lo había aguardado allí, para cerciorarse de ello, y averiguar lo que tanto le interesaba.

Era un episodio lamentable, porque obligaba a los revolucionarios a variar sus planes.

VII

El indio José

En los sauzales del arroyo de Leyes acamparon los hombres que mandaba Juan Alarcón.

Insúa había ideado bien aquella invasión de la ciudad por el río. La inundación había hecho huir a los escasos pobladores de las márgenes, y la pequeña expedición que se embarcó en el Saladillo, a la altura de Helvecia, de donde había llegado cruzando a caballo los campos de Cullen, hizo el viaje sin hallar a nadie.

Navegaba en dos grandes lanchones de fondo plano, que podían marchar en dos cuartas de agua, y llevaban a popa del mayor una pequeña canoa para explorar los bañados.

Una de las lanchas llamábase "Mocoretá".

A popa un baqueano, conocedor de las inverosímiles revueltas del cauce, llevaba el timón. A proa un mocetón flaco y ágil, con una larga caña sondeaba la hondura, cantando rítmicamente con voz añiñada:

—¡Cuatro cuartas! ¡cuatro largas! ¡cinco escasas! ¡cuatro a la marca!

Algunas veces cruzaban un remanso y la punta de la caña no alcanzaba el fondo:

—¡No toca!—gritaba el sondeador, y todos respiraban satisfechos, porque se alejaba el peligro de una varadura.

La otra lancha se llamaba "La Avispa". En ella iba Alarcón, y navegaba sin sondear, porque él conocía perfectamente el curso del Saladillo.

En ambas lanchas, por orden de Alarcón se guardaba silencio.

Solamente se oía el grito agudo del zondador en la primera y de cuando en cuando la voz breve y ronca del indio José Golondrina, que la mandaba.

Un gringuito joven, rubio, de la colonia suiza, donde don Patricio encontraba sus más fieles partidarios. Llamábase Moor, iba en la lancha "Mocortá".

A pesar de su juventud se le tenía en mucho porque manejaba el fusil con una insuperable destreza.

Hacia mediodía el sol abrió y cambió de viento. Navegaban ya en el curso profundo y encajonado del arroyo de Leyes, cuyas orillas cubiertas de sauzales, solían servir de escondite a los gauchos matreros, ladrones de haciendas, que huían de los policianos.

Alarcón dió orden de atracar en una isleta de la margen izquierda y los dos lanchones se arrimaron lentamente a la costa, cubierta de carrizas verdes y de camalotes aguachentos que cubrían los sábalos.

Siguiendo como hasta entonces en aquella marcha, y ayudados por la corriente más fuerte del arroyo de Leyes, debían llegar al puerto de la ciudad poco después de la oración, y eso era un peligro.

Insúa había ordenado que no entraran antes de las once de la noche, hora en que menguaba la vigilancia de la policía.

Además era necesario cargar de leña las dos lanchas, en forma que permitiera ir a los hombres a bordo, disimulando su presencia. Se necesitaban para ello largas varas flexibles, y allí el tupido sauzal ofrecía cargamento fácil de cortar, para toda una flota.

Cuatro hombres, con sendas hachas, se pusieron a la obra.

Buscando sitio a propósito para encender el fuego, marchaban en grupo Alarcón, José Golondrina y Moor, el joven suizo. Pronto hallaron lo que deseaban: un espeso rodeo de árboles, donde había leña fuerte en abundancia y podía hacerse una hoguera con ramas secas, que no dieran humo.

—Mi teniente — dijo Moor a Alarcón, así que la llama flameó alegremente en el discreto reparo del bosque — yo estoy gordo y tierno, y los compañeros tienen hambre. Si me dejas estar aquí, mientras ellos matean, me van a asar con cuero. Si me voy a rodar tierras, todavía puedo dar con alguna ternera orejana que me libre y nos quite el hambre.

Los paisanos en cuclillas, alrededor del fuego, unos echados otros de bruces sobre el musgo seco que alfombraba la tierra, y de pie los más, tranquilos, esperando los sucesos, comentaron aquella salida con una carcajada aprobatoria.

Alarcón vaciló un momento.

Había sido poco previsor y sus hombres estaban casi en ayunas, desde el amanecer, hora en que les repartió un churrasco, la última ración de la carne que le dieron en Helvecia.

Iba a autorizar al suizo para que se rebuscara la ternera, entre las haciendas numerosas que pastaban en los alrededores, cuando habló José Golondrina que había callado hasta entonces.

—Mi teniente — dijo alzando apenas la voz, en cuclillas, según estaba mirando al suelo, como si hablara para sí mismo — no hay necesidad de carrear ajeno: si usted quiere, aquí cerca hay relaciones que pueden darnos o vendernos una vaquilla.

—¿Dónde?

—A media legua al naciente, en la Casa de los Cuervos.

—¿Conoces el paraje?

• —Sí, mi teniente.

—¿Conoces a los dueños?

—Sí, mi teniente.

—Bueno, andá.

El indio se levantó; era petizo, gordo, de tez amarilla, con tonos de aceituna, pero de facciones extraordinariamente finas.

Hablaba poco y era habitualmente esquivo a la compañía de los hombres.

Fuerte, diestro, conocedor de todos los secretos recursos de las islas, nadador como uno de los yacarés que poblaban las aguas fangosas de aquellos riachos, Insúa lo consideraba elemento indispensable en sus excursiones y le daba cierta jerarquía sobre todos, después de Alarcón.

Y esto era motivo de un oculto rencor del indio hacia su amo, considerándose pospuesto con injusticia, en la tropa revolucionaria.

Disimulaba sus sentimientos bajo una untuosa sumisión, que no había logrado engañar, sin embargo, el ojo experto de Alarcón, el cual recelaba de la fidelidad de José Golondrina.

Por eso, cuando lo vio alejarse hacia el centro de la isleta, buscando un sendero para ir hacia donde él había dicho, lo llamó con un silbido.

—Vamos los dos — le dijo.

—Vamos — contestó José Golondrina sin volver la cara.

Y quedaron los hombres allí, mandados por Moor, que era el tercero, no obstante su juventud, en la jerarquía establecida por Insúa.

Juan Alarcón marchaba al lado del indio.

Era un mozo de treinta años, vestido con esmero, chambergo de alas rectas y anchas, botas amarillas y cuidadas, tirador guarnecido de monedas de plata y largo facón que le cruzaba la espalda, a más del revólver que brillaba al alcance de la mano.

Insúa, que no toleraba superioridad en nadie, porque él también poseía suma destreza para los trabajos del campo, y su vigor se comentaba aún en los sitios donde no se le conocía sino por el relato de sus hazañas, había concluido por resignarse a ser menos fuerte que aquel hermoso gaucho de tez ligeramente tostada y de ojos profundamente azules.

Se habían conocido de niños, en las andanzas de Insúa por el Rincón, como años después Alarcón anduviera rodando de estancia en estancia, buscando un patrón que supiera apreciar su trabajo en lo que valía, el joven caudillo lo llevó a su lado y lo hizo su capataz en el establecimiento y su teniente en las campañas revolucionarias.

José Golondrina no podía olvidar que Alarcón le había privado a él de esos mismos cargos, y tenía, para agravar sus enconos, motivos especiales que venían de muy lejos.

El padre de Insúa poseía una gran estancia en los quebrachales de Calchaquí.

Allí había nacido José Golondrina, hijo de una india criada al amparo de las casas.

Contábase que un cacique poderoso, jefe de una de las tribus más grandes que hubo en aquellas regiones, perseguido por el ejército de línea, se refugió en la estancia de Insúa, y al huir de nuevo cuando la tropa se acercaba, dejó entre otras mujeres, a su hija que encomendó al amo, diciéndole que alguna vez volvería a buscarla de su Chaco misterioso donde criaría hermosos caballos para él.

La indiecita llegó a ser una hermosa muchacha y no faltó

quien dijera que el niño que un día nació de ella, el indio José mayor que Francisco Insúa algunos años, era el hijo primogénito del dueño de la estancia, y habría sido el heredero de toda aquella riqueza a no cruzarse en su destino el niño blanco, de casta noble.

Fuese que Insúa creyera realmente en aquel parentesco, que se había hecho una leyenda, fuese que se hubiese acostumbrado a los servicios de José Golondrina, éste permanecía siempre con él.

Caminaba ahora José Golondrina al lado de Alarcón, hacia la Casa de los Cuervos, royendo sus pensamientos, cuando el otro que marchaba en silencio, como si le costara cambiar palabras con el indio, le dijo de pronto:

—Me has dicho que conocías al capataz.

—Sí, señor.

—Yo soy de estos lugares, y sin embargo, no lo conozco.

—No es raro; murió ya el dueño; se vendió la estancia y cambiaron el personal.

—¿No era el finado Laborio Borja?

—Sí, señor.

—Y hoy, ¿quién es el dueño?

—Será su viuda, que vive en la estancia...

Se calló un momento, como si hubiera deseado no hablar más, pero Alarcón lo interrogó:

—¿No es de la viuda ya?

—No, señor, la vendieron.

—¿Sabés a quién la vendieron?

El indio vaciló un momento.

—A don Braulio Jarque — respondió luego.

—Jarque... ¿Quién es Jarque? — preguntó Alarcón.

José Golondrina agachó la cabeza y dijo no saber quién era Jarque, aparte de lo dicho, y Alarcón volvió a ponerse en marcha, repitiendo aquel nombre, seguro de haberlo oído en alguna parte.

La Casa de los Cuervos estaba sobre una altura, donde no llegaban las más altas crecientes sobre la margen misma del arroyo de Leyes, caudaloso y profundo, comunicándose con el Parana, como un brazo de él que era.

En los últimos tiempos, la estancia había cambiado varias veces de dueño, quedando siempre en la familia, y a la muerte de Laborio Borja, ocurrida un año atrás, su viuda, para redimir las deudas que pesaban sobre ella, la vendió a Braulio Jarque, el marido de su hija Gabriela, la cual vivía con ella.

Como el nuevo propietario no manifestara afición a la vida campera, encargóse doña Carmen de Borja de administrarla junto con la hacienda, que pastaba en esos campos, y que era ahora toda su fortuna.

Al llegar a la calle de eucaliptus, que se abría en dos hileras a un costado de la casa y conducía hasta su entrada principal, Alarcón, preocupado siempre por el nombre de Jarque, que alguna vez había oído, se acordó de quién era.

José Golondrina calmaba a los perros que habían salido a ladrar a los visitantes, y que se acallaron súbitamente al sentir su voz.

Alarcón tuvo la sospecha de que el indio había querido adelantársele, para hacer llevar a Jarque en la ciudad con algunos de los peones de la estancia, la noticia de la expedición.

Había salido el capataz, y Alarcón miró a José, más no advirtió que parecieran reconocerse.

El indio se hizo a un lado, sin hablar palabra, y el ca-

patatz saludó a Alarcón que le pidió una ternera para carnear y dar de comer a su gente, colonos y leñeros que iban a la ciudad a surtirse de víveres diversos.

Así habló, y agregó para evitar toda suspicacia en aquel paisano reservado, que le atendía frunciendo el ceño:

—Compraría una ternera, si no me pide caro.

El capataz entró en las casas a consultar con el ama, cuya silueta se vió aparecer un momento en la galería, y volvió con el permiso de arrear el primer animal gordo que hallaran en el potrero.

Montó a caballo y los guió hasta el sitio en que a esa hora debía hallarse la mayor parte de la hacienda.

Alarcón y su compañero caminaban a pie, detrás de él, que iba enumerando las buenas condiciones de los campos aquellos, cuya tierra negra daba unos pastos de engorde superior.

Cuando encontraron lo que necesitaban, una vaquilla mansa, que se dejó echar el lazo en los cuernos pulidos y negros, Alarcón pagó sin regatear los quince pesos que le pidieran por ella.

Marcharon los dos, José tirando del lazo, arrastrando a veces al animal que empezaba a rebelarse, y atrás Alarcón arreándolo con una varilla.

Y aquella imprudencia que le había hecho cometer el indio, no le pareció que fuera involuntaria.

Mientras marchaban por un senderito en el tupido pastizal verde, que alfombraba la altura desprovista allí de monte, vieron venir una majada de ovejas que parecía vagar sin pastor y sin perros.

José Golondrina mostró las ovejas a Alarcón.

—La cuidan los cuervos — le dijo — y por eso es el nombre de la estancia.

Y era así en efecto.

Desde muchos años atrás en la propiedad de los Borja, dos cuervos criados en las casas cuidaban la majada, con un maravilloso instinto, que rayaba en leyenda.

Por la mañana al salir el sol, en verano y en invierno a la hora en que el frío amenguaba, los dos cuervos, que dormían sobre un algarrobo seco, frente a una de las ventanas de la casa, volaban hasta el corral de las ovejas, y a aletazos y a picotones las hacían salir, las conducían a través de los campos, en las lomas donde el pasto era tierno y la tierra seca, y al caer la tarde las obligaban a volver.

Los tímidos animales, acostumbrados ya, obedecían a los cuervos como habrían obedecido a un pastor, y de tal manera los dos pajarracos se habían vinculado a la vida de la estancia, que ésta tomó su nombre de ellos, y se rodeó de una fama misteriosa.

—Son eternos — dijo el indio José — y cuentan los viejos que ellos saben y anuncian las cosas tristes que han de ocurrir.

La majada, pasó cerca de los dos hombres que llevaban la vaca.

Sobre una de las ovejas de adelante, prendidas sus garras sobre el vellón, iba uno de los cuervos y de igual modo el otro se dejaba llevar por la que iba atrás de todas.

Era risueño el caso, y no obstante Alarcón no sintió ganas de reír, cuando los ojuelos de uno de los cuervos, como dos pequeños brillantes negros, se posaron sobre él.

Atardecía rápidamente, y debieron apretar el paso para no extraviarse en el sauzal, si los tomaba la noche antes de haber alcanzado las barcas.

Llegaron al sauzal con las últimas luces del crepúsculo.

Estaba silencioso y sólo se oía el ruido de los pájaros asustados que levantaban el vuelo, atropellando las ramas.

—Es raro — dijo Alarcón. — ¿Nos habremos perdido?

El indio lo miró y los ojos le brillaron en la sombra.

Alarcón echó a correr hacia la orilla del río. No se veía a nadie. Saltaba sobre los camalotes que cedían como un colchón bajo sus pies. Extrañaba el silencio, porque estaba seguro de haber dejado a su gente en esa dirección, y de no verla, por lo menos debía oír el ruido de las hachas cortando la leña.

Cuando llegó al borde de la isla, que lamía el riacho curvo y lento, al sitio mismo donde fondearon las chalanas, lo que se conocía por estar las carrizas pisoteadas y sembradas la tierra de varas de sauce cortadas, soltó una maldición.

Las lanchas habían desaparecido y sobre el agua, tersa como un cristal negro, a esa hora, no se divisaba hacia ningún rumbo la mancha más oscura, que en la noche, — que envolvía ya todas las cosas, — le hubiera indicado la presencia de sus embarcaciones.

VIII

El baile de Montarón

Temprano, en la noche del baile, se encendieron las guirnaldas de faroles que corrían a lo largo de las cornisas, llenando la calle de luz.

Hacia las nueve de la noche habían comenzado a llegar los invitados.

Era lo más distinguido de la sociedad de Santa Fe.

Con una nerviosa solicitud, hacía Montarón los honores de la casa.

Su fisonomía, habitualmente regocijada, tenía esa noche un sello visible de preocupación, y el mismo empeño que ponía en disimular, había chocado a Syra, la cual seguía a su padre, en todos sus movimientos con ojos angustiados.

Rasurado prolijamente, pequeño, y rosado como un jovencito, su fisonomía no era ciertamente la de un conspirador, y el mismo Jarque, observándolo esa noche, no estaba seguro de que alrededor de aquella movediza personilla pudiera tejerse una revolución.

El jefe de policía llegó temprano, con su secretario, el teniente Berja.

Montarón, que se sentía espionado por su hija, para desorientar sus sospechas se puso a hablar con Jarque, mientras ella, más tranquila, junto a su novio, paseaba de su brazo por el salón.

Conocíanse todos los hombres que podían entrar en la revolución, por lo cual, a cada nuevo concurrente que llegaba al salón, Berja, habituado a su oficio, indagaba si era de los sospechosos sin interrumpir, no obstante su charla con Syra.

Don Servando Bayo entró de los primeros con el doctor Pizarro, su ministro.

Llegó de rigurosa etiqueta, correcto y tranquilo, y Syra, viéndolo se sintió aliviada.

Un momento después llegó Cullen, a quien seguía la mirada cautelosa de Jarque, situado afuera del salón, en la galería de cristales, conversando con Montarón, mas sin perder un solo gesto de los hombres que le interesaba vigilar.

La fisonomía despreocupada de Cullen, sus maneras afables, distinguidas, su palabra suave, superficial y amena con las damas, desorientaban toda sospecha.

Acercóse a los novios, y al cumplimentarlos su voz fué tan natural que Borja sintió desvanecerse sus últimos recelos.

Borja, a quien Jarque le había confiado el encuentro de la noche anterior a la puerta de la escuela, se alzó del sillón, calmoso y tranquilo, cuando Syra, con los labios apretados por la emoción, le dijo:

—¡Insúa! ¡Allí está Insúa! ¡Oh, Dios mío!

Hacía más de un año que Insúa no venía a la ciudad, y no obstante su vida de hombre de campo, era en los salones un perfecto caballero que llevaba con fácil elegancia el traje de etiqueta y dominaba todos los secretos a la par del más gentil cortesano.

Jarque al verle llegar sintió que se derrumbaba el laborioso edificio de sus conjeturas, porque si Insúa estaba allí, vestido de frac; si tenía a su lado a Montarón, que le contaba prolijamente cómo se injertaban los rosales; si Cullen se paseaba en el salón atendiendo a las damas, todos con la más natural despreocupación, era porque el temido complot sólo existía en su imaginación.

Para no prolongar su actitud de vigilante, con un poco de despecho abandonó su sitio junto a la puerta de la galería y entró al salón.

La orquesta, cuyos principales elementos había hecho venir Montarón de Buenos Aires, empezaba a animar el ambiente con sus piezas de baile.

Insúa, desde que entró en el salón, comprendió que algunos ojos lo vigilaban.

En un rincón Jarque, sentado, parecía dormir, pues según su costumbre, entornaba los párpados. Insúa, no obstante esa disimulada apariencia, sentía sobre él la mirada del jefe de policía.

En otro lugar, Bayo, con Cullen y Montarón, atendía algunas damas indiferentes al baile.

Insúa miraba de cuando en cuando ese grupo. Iriondo no había llegado aún, y su tardanza le tenía inquieto, pues podrían verse obligados a modificar sus planes, si todas las cosas no pasaban como estaban previstas.

Su misma presencia en la fiesta no era lo que habría convenido, mas debió ir para despistar a Jarque, el cual, sin duda alguna, lo había conocido la noche anterior cuando entró él a la escuela, de regreso de la barraca de Fosco.

Estando en la ciudad, más extraño habría sido no ir, que ir a casa de Montarón, al que lo ligaba una antigua amistad.

De acuerdo los tres principales conjurados, se fijó la hora de la revolución.

Insúa saldría del baile a las once, procurando no ser visto, y se reuniría con su gente en la orilla del río, y desde allí invadiría la ciudad, marchando sobre la policía.

Antes de atacar, Insúa volvería, a la sala de baile, para ayudar a sus amigos a caer sobre Iriondo y Bayo, y los hombres del gobierno, no bien sonaran los primeros tiros. Alarcón mandaría el asalto, y echaría un pelotón de hombres sobre la casa de Montarón, para ayudarles.

La trama del complot era simple; y a Insúa sólo le preocupaba la ausencia de Iriondo, que por ser la verdadera cabeza del gobierno, podía hacer abortar los planes no concurriendo a la fiesta.

Pero terminados los primeros lanceros, a cosa de las diez, cuando los caballeros agradecían a sus damas y las llevaban del brazo hasta los sillones colocados a lo largo de las paredes, se produjo un repentino silencio por la entrada de alguien.

Era Iriondo; venía solo, circunstancia que no escapó a los

revolucionarios, pues era ese un gesto habitual de él, cuando sospechaba que había peligro, y a fin de mostrar su valor personal o su presencia de espíritu; Montarón, más solícito que nunca, le salió al encuentro, deshaciéndose en cumplimientos, que Iriondo acogía con una reservada cortesía, gustando la impresión que causaba con su presencia.

No era ya la actitud algo bravía de Insúa lo que atraía las miradas: era su manera superior de presentarse, natural y elegante, tranquilo y serio, correspondiendo todos sus ademanes a motivos superiores, sin que tuviera que sonreír ni saludar, para imponerse a los que lo rodeaban.

Más de un año hacía que Insúa no se encontraba con él, y al verle así, tan dueño de sí mismo, adelantándose a saludarlo, a él que si no podía vencerle estaba resuelto a matarlo, sintió commovida la confianza que hasta ese momento lo animaba.

Hugo Wain

La segunda parte aparecerá mañana.

Ni se cae el Cabello ni Quedará una Partícula de Caspa

¡Cuide su cabello! Duplicue su belleza en pocos minutos.

Un frasco de "Danderine" pone el cabello espeso, lustroso, ondeado y lo embellece.

Usted no encontrará una partícula de caspa ni que se le cae el cabello y que lo le pica el cráneo después de pasados 10 minutos de la aplicación de Danderine, sino por el contrario, lo que le agrada será ver que después de usarlo por algunas semanas, el cabello se le pone fino, espeso y suave, y el cabello nuevo le crecerá por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

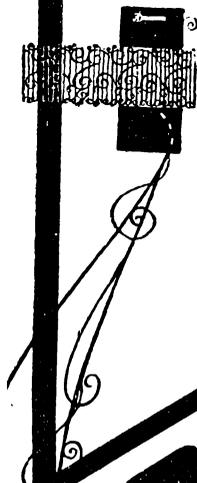
Un poco de Danderine inmediatamente duplicará la belleza de su cabello. No importa

lo destrozado, descolorido, quebradizo o áspero que esté: solamente humedezca un paño en Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. El efecto es asombroso: el cabello se le pondrá sedoso, ondeado y espeso, y le dará un lustre incomparable, suavidad y abundancia.

Compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y demuestre a los demás que su cabello es tan bonito y suave como cualquier otro, que solamente ha sido abandonado o estropeado por falta de tratamiento; esto es todo. Usted tendrá un cabello bonito y abundante si prueba un poco de Danderine.

EMPEZO

LA
GRAN



LIQUIDACION

DE
TODAS NUESTRAS
EXISTENCIAS DE
INVIERNO Y MEDIO
TIEMPO

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS

A. CABEZAS

SARMIENTO Esq. SAN MARTIN (Bs. Aires)

Aguas de Colonia Destiladas sobre flores

LE SANCY *Kendal*

Nora Duc

DESDE EL 1.º DE AGOSTO
Rigen estos nuevos precios:



"LE SANCY"		
JUMPLE	ANDRÉE	LECTOR
Frasco grde \$ 2.10	Frasco grde \$ 2.70	\$ 1.20
- medio " 1.20	- medio " 2.10	
- cuarto " 1.00	- cuarto " 1.—	
- chico " 0.45		

Por la devolución de los frascos vacíos se abona:

Frasco grde \$ 0.20	Frasco grde \$ 0.30	Frasco de loción \$ 0.15
- medio " 0.15	- medio " 0.20	
- cuarto " 0.10	- cuarto " 0.12	
- chico " 0.05		

"NORA"

Frasco grande.	\$ 7.50
" medio .	" 4.50

Por los frascos vacíos se abona:

Frasco grande.	\$ 0.35
" medio .	" 0.20

"KENDAL"

Frasco grande.	\$ 5.80
Loción	" 8.00

Por los frascos vacíos se abona:

Frasco grande.	\$ 0.35
Loción	" 0.20

"DUC"

Frasco grande.	\$ 5.80
----------------	---------

Por los frascos vacíos se abona \$ 0.35

Nota: Estos precios de venta rigen solamente para la Capital. — Para el interior se aumentan 0.20 centavos los frascos grandes, tamaño de un litro, y 0.10 centavos los demás.

RECOMIENDO muy especialmente al consumidor, la ventaja que le reporta conservar y devolver los frascos vacíos, por los cuales las casas de venta abonarán los precios que se indican en este aviso



BLAS L. DUBARRY

MEDRANO, 476

BUENOS AIRES